

otra que mientras mece la cuna de su preciosa niña, tiene fijo su dulce pensamiento de madre en el atractivo y hechizo de la hermosa inocencia de los niños.

CAPÍTULO XI.

Del robo lícito de los bellos pensamientos.

Propónese un método para leer con fruto en orden á la felicidad del pensamiento.

Habrà quien formando de la belleza un elevado concepto, y reconociendo la postracion y esterilidad de su mente, se crea incapaz de pensamientos bellos. Prescindiendo por ahora de argüirle directamente, y dando por cosa probada la supuesta incapacidad, aun no tendrá excusa para no aspirar á la felicidad del pensamiento, pues en esta materia, y nótese bien, *tan solo en esta materia*, es lícito tomar de lo ajeno sin faltar á ninguna ley humana ni divina; antes bien es útil, conveniente, ventajósísimo, loable, y muchas veces hasta necesario. Los robados, lejos de quejarse, agra-

decen que se les robe, pues con este fin escriben sus pensamientos, los imprimen y los reimprimen, para comunicarlos á otros, para hacerlos del dominio de cualquiera que lea sus libros, sea conocido suyo ó desconocido, malo ó bueno, sábio ó ignorante, hombre ó mujer; á todos franquean las arcas en que guardan los tesoros de sus bellos pensamientos para que se los apropien y hagan de ellos el uso que les parezca. No haya pues miedo de robar á los autores cuando convenga lo que ellos mismos desean que se les robe. Además, hay la ventaja de que no solo no lo llevan á mal, sino que ignoran que se les está hurtando, aunque el hurto dure medio siglo; por consiguiente no hay peligro, ni vergüenza, ni menoscabo de honra, y por el contrario, entre los literatos á los que mas se han provisto de lo ajeno se da el honorífico dictado de eruditos.

Ni se crea que estas indicaciones se dirigen á aconsejar la lectura en general; esto será tan bueno como se quiera para diversos fines, para evitar la ociosidad, para distraerse, para instruirse superficialmente, para poder hablar de libros y de autores, para almacenar con mezcolanza confusa algunas nociones di-

versas, y sobre todo para creer que se sabe algo al mismo tiempo que se confiesa haber olvidado casi todo lo que se ha leído. Mas para el intento de procurarse la felicidad interna por medio de los bellos pensamientos, aunque sea útil la lectura considerada en general, para que verdaderamente produzca grandes resultados, es preciso metodizarla y sujetarla á reglas en extremo provechosas. No es posible fijar cuáles han de ser estas de un modo común á toda clase de personas, porque varían infinito los gustos, las aficiones, el tiempo disponible y otra porción de circunstancias individuales; nadie como uno mismo sabe lo que quiere y lo que puede, por lo cual queda el campo libre para elegir entre lo bello escrito que conviene apropiarse.

Me limitaré pues á recordar que para retener los bellos pensamientos de otro á fin de recrearse con ellos á la hora que se quiera, no basta leerlos una, dos, ni tres veces; necesario es imponerse la grata obligación de leer todos los días tres, cuatro, ó cinco páginas del autor que se ha escogido; así, y solo así, se logra al cabo de algun tiempo aprenderlos para que recordados en el paseo solitario, ó

en la noche en que el sueño se niega á las pupilas, ó cuando urge reemplazar con otros los pensamientos tentadores, los fastidiosos ó los aflictivos, constituyan el tesoro y la felicidad de la mente. Con muchos autores no se podría hacer esto. Uno ó dos bastan para toda la vida. ¡Dichoso el sacerdote, que por este medio hiciera suyos los magníficos pensamientos de San Juan Crisóstomo! ¡Dichoso el orador, que hiciera lo mismo con los de Bossuet! ¡Dichosa el alma devota, que haga otro tanto con los de San Francisco de Sales! ¡Dichoso el hombre de este siglo, que por tal método haga ciudadanos de su propia mente los pensamientos de Balmes! Esto vale mas que ser admirado por el conocimiento que pueda adquirirse de los autores de una numerosa biblioteca, pues todos ellos no suministran olvidados lo que uno solo de primer orden que viva, por decirlo así, dentro de nuestra mente.

Cuidese mucho de no engañarse en la elección; el que se elija ha de ser sobreexcelente; ha de tener cierta relación con nuestro carácter, nuestras inclinaciones y estudios. Para complacerse á solas en un pensamiento ajeno es preciso que haya producido ó sea capaz de

producir una impresion muy viva, un poco de exaltacion; para esto se requiere que el autor esté dotado de cualidades eminentes y que se distinga especialmente por su novedad. Para que no choque esta última indicacion, hay que observar que casi todos los autores de un mérito raro sobresalen por la novedad de sus ideas, ó al menos por la nueva forma con que presentan hasta las mas conocidas.

Este medio de solazarse con lo ajeno está al alcance de toda clase de personas, y se acomoda con facilidad á todas las exigencias del gusto y de las propias obligaciones, pues en ningun género faltan libros adecuadísimos por su excelencia para este importantísimo objeto. Además, es fácil elegir las obras con tal industria que sirvan al mismo tiempo para el mejor desempeño de los cargos obligatorios. Quien ha de hablar en público ¿qué ventajas no sacaria de la diaria lectura de los sermones de Massillon ó de los del P. Mac Carthi, ó de los discursos pronunciados en la Cámara de los Pares por el Conde de Montalembert? El que se dedica á materias filosóficas ¿cuánto no podrá aprovechar tomando por cotidiano alimento las producciones del Conde de Mais-

tre, del Obispo Frayssinous, del sentimental poeta Silvio Pellico (1) ó del P. Ventura de Raulica (2)? Como queda al arbitrio de cada aspirante á la felicidad del pensamiento el escoger los autores que le presten sus bellas ideas, queda igualmente encomendada á su buen juicio la eleccion de las obras de estos; y si no quiere tomar á uno ó dos para toda

(1) Poesie varie di Silvio Pellico. Pistoja 1838.

(2) *La razon filosófica y la razon católica* por el P. Raulica es una de las obras mas notables que ha producido nuestro siglo. Sin embargo, me corresponde advertir aquí, ya que la recomiendo, que no estoy enteramente de acuerdo con algunas de sus opiniones, pues parece que deprime mas de lo justo á la razon y que sus ideas acerca de la ley natural, por lo que se infiere de ciertas proposiciones, no están muy conformes con el comun sentir de Padres y Doctores de la Iglesia. Tampoco apruebo la acritud con que trata á varios filósofos cristianos. No obstante estos lunares, la obra á que he aludido es de un mérito eminente siempre que el autor se apoya en la sagrada teología. Admirables son las conferencias que versan sobre *la enseñanza de la Iglesia, el hombre, la Trinidad, la Encarnacion y la restauracion del universo*.

la vida, podrá dedicar un año entero á una sola obrita, y cuando de ella y de su autor se canse, llamar á algun otro que le reemplace en el oficio de darle bellisimos pensamientos para que formen su delicia y su tesoro escondido.

CAPÍTULO XII.

Modo de hacer servir la historia á la felicidad del pensamiento.

Si en los escritores eminentes se halla con que suplir la esterilidad de nuestro entendimiento; la historia por su parte ofrece una innumerable muchedumbre de hechos interesantes, cuyo recuerdo y representacion imaginativa puede embelesarnos, contribuyendo en gran manera á la felicidad del pensamiento. En efecto, hay en ella sucesos que tienen todas las bellezas de la novela, hay acontecimientos trágicos, hay heroismo y caracteres que merecian llamarse épicos por su elevacion y grandeza. ¿Y qué no hay en la historia propio para deleitar enseñando?

Por otra parte, los hechos historiales ins-

piran un interés peculiar, y se graban fácilmente en la memoria, y ofrecen á la imaginacion un campo fantasmagórico, en que trabajar plácidamente dando vida nueva á lo que fué y ya no existe. Así por ejemplo, me deleitaré imaginándome los trescientos azotes con que Jerjes castigó al mar. ¿Quién me impedirá figurarme la ridícula cólera de aquel monarca poderosísimo y el acto de azotar al inmenso piélago en presencia suya los ejecutores de su singular orden? Era tanto lo que sobre este punto de las representaciones históricas pudiera decir, demostrando con infinitos ejemplos su patética belleza y su embelesador deleite que se llenarian con tal argumento abultados volúmenes; pero me basta indicarlo: lo demás será obra y oficio de quien gustare renovar en su imaginacion para su delicia las tiernas ó magnificas escenas de la historia.

Juzgo que no desagradará el disfrutar de este interior placer, que propongo ahora: solo desalentará á algunos la dificultad y fatiga que supondrán costarles esta operacion de la fantasía. Y no niego que el recordar para figurarse una cosa es como el repasar mentalmente una leccion, lo cual algo fatiga la me-

moria, y por consiguiente lejos de ser agradable, tiene un no sé qué de violento. Bien lo conozco, y estoy muy lejos de querer eso para el que aspire á la dicha del pensamiento. Á fuerza de repetir la lectura de una historia, llega esta á tener vida y habitacion en los espaciosos salones del palacio de nuestra mente: entonces pues, y solo entonces, y de ninguna manera antes, han de ponerse en movimiento los personajes históricos y representar para entretenimiento y embeleso nuestro lo mismo que hicieron cuando vivian.

En el seno de nuestra amable religion católica son muchas las familias que todos los dias leen las vidas de los Santos, en las que como lo prueba Butler en el prólogo de su digna obra, no falta dote alguna ni belleza de ningun género. Pues bien, las jóvenes y matronas que observan con fidelidad esta antigua y muy laudable costumbre, al cabo de algunos años sin trabajo alguno se hallan en estado de representarse á sus solas la vida del Santo, que han leído aquel mismo dia ó la noche antes, y de discurrir con blandura y sin esfuerzo sobre este ó aquel pasaje mas notable, asistiendo á la escena sublime, al

acto de virtud heróica, á la muerte admirable y á cuanto haya de mas grandioso, de mas tierno ó de mas bello en la vida del héroe ó de la heroína cristiana, que ha dado asunto á tantos y tan hermosos panegíricos (1).

CAPÍTULO XIII.

Cómo se ha de sacar partido de las bellezas de la naturaleza y de las artes para la felicidad del pensamiento. Observaciones para hacer mas útiles los viajes.

Habiendo hablado de las representaciones de sucesos históricos, que pueden hacerse en nuestra imaginacion, como de uno de los medios de lograr la posible felicidad del pensamien-

(1) Supliré la brevedad de estas indicaciones acerca de la belleza histórica, refiriéndome á lo que tengo dicho sobre ella en mis *Observaciones sobre las bellezas históricas del Antiguo Testamento*, que abren el camino para hacer semejantes observaciones en la historia de cualquier otra nacion.

to, ya se deja entender que tampoco deberá echarse en olvido la representacion de las bellezas de la naturaleza ó del arte. Por verlas y admirarlas y hablar de ellas dejan muchos las comodidades de su casa, sus amigos y sus parientes mas inmediatos, emprendiendo dilatados viajes y repartiendo por donde pasan monedas de plata y oro, que á la vuelta escasean; no se perdona gasto ni fatiga por satisfacer los ojos, que son entonces como los niños mimados, á cuya diversion y contentamiento se sacrifica todo lo demás. Las bellezas artísticas contenidas en los museos y las grandes obras de la arquitectura, en una palabra, todas las cosas bellas de una ciudad parece que exigen un tributo de admiracion de todos los recién llegados, que se apresuran á tributarles su rendido homenaje, aunque no hayan sido ellas el objeto de su expedicion. Es cierto que pagan el obsequio de la visita dando un rato de placer ó al menos de entretenimiento. ¿Pero con tan breve gozo habian de pagarse los graves dispendios, las incesantes molestias, el cansancio, las incomodidades de toda clase y los diversos peligros de los que viajan por contemplar esas obras

maestras del arte ó de la naturaleza? Corto premio es disfrutarlas por algunos instantes.

Los viajeros merecen mas. ¿Y quién podrá darles ese mas que merecen? Digo yo que ellos mismos pueden premiarse mejor, representándose para deleite propio en la memoria imaginativa aquellos objetos, que mas los han hechizado. De esta suerte al volver á su país no los dejarían allá donde los admiraron para no volverlos á ver nunca, sino que se los traerían consigo, teniendo dentro de su cabeza siempre que se les antojára cuadros encantadores, esculturas inimitables, suntuosos edificios, palacios magníficos, templos grandiosos, cascadas y jardines. La dificultad está en lo frágil de la memoria y de la imaginacion, que no saben conservar esas bellezas. Ni es extraño que dejen perderse tan rico tesoro, no habiendo nunca pensado en apropiárselo; así como nada tiene de particular que no sepa la leccion el niño que no la estudia.

Gozar sin algun trabajo es imposible. Sin embargo, el que hubiesen de emplear la memoria y la imaginacion para retener las bellezas visibles ó corpóreas es tan suave que no debería llamarse trabajo. Habia de redu-

cirse á circunscribir á mas pequeño número los prodigios artísticos que se quisiese gravar en la mente, no olvidando que es grande la limitacion de nuestras facultades. Es necesario desengañarse: correr en medio año media Europa y conservar viva la imágen de todo lo que se ha visto es sumamente difícil; será muy raro quien lo consiga. Mientras mas cosas se ven, mas se confunden las ideas. Verlas de prisa es lo mismo que no verlas para el objeto de este libro. Por consiguiente el remedio seria: 1.º Correr menos, gastar menos, y ver mas veces una misma preciosidad. 2.º Inmediatamente despues de haberla visto representársela en la imaginacion varias veces á fin de que no se borre, es decir, aprender la leccion. Luego es preciso repasarla de cuando en cuando. Y con este método se adelantará incalculablemente en la florida senda de la felicidad del pensamiento.

CAPÍTULO XIV.

Del error y de la verdad en sus relaciones con la felicidad de la mente.

El dominio y la posesion de la verdad es uno de los elementos que constituyen el dichoso bienestar de la mente. Lo voy á manifestar con sencillez por medio de la consideracion de los males que impide desterrando al error, que es su contrario. Se opone este á la felicidad, porque quita el sosiego, lo que es en él costumbre muy antigua, pues la experiencia y la historia comprueban que es variable hasta lo sumo; y en sus continuas variaciones se descubren sus inquietudes, su insaciable descontentamiento, sus atormentadoras dudas y sus fluctuantes borrascas. Los que están bien avenidos consigo mismos, los que están completamente satisfechos de su modo de pensar, en una palabra, los que se hallan bien en su estado actual, no varian, siendo propio de nuestra naturaleza el querer conservar lo que le halaga, lo que reconoce por un verdadero bien, lo que la experiencia le

demuestra que es bueno, no dejando desaparecer su presente posesion venturosa sino cuando falaces ilusiones la precipitan en pos de engaños lisonjeros. Pero vemos que el error varía; luego no está tranquilo, ni puede dejar en paz á quien lo alberga. He afirmado que la experiencia y la historia atestiguan su volubilidad, y apenas bastaria la vida de un hombre y hasta un siglo seria muy poco para probar con ejemplos las diferentes fases, que han tomado los errores de toda especie, y en particular los filosóficos y los que atañen á la religion; tantas son y tan innumerables.

La historia de la filosofía es en gran parte la historia de las evoluciones y metamorfosis del error. Una sola indicacion abrirá á los lectores instruidos un inmenso campo de reflexiones profundas; pongan los ojos en lo que ahora mismo acontece en Alemania con sus filósofos panteistas. Como la historia de la Iglesia es la narracion de sus triunfos y de sus combates contra los errores teológicos especulativos y prácticos, en ella pueden estudiarse las multiplicadas variaciones de los Gnósticos, que deliraron por espacio de dos siglos y medio; las de los Arrianos, que se

dividieron y subdividieron, é imitaron á las culebras en sus tortuosos giros y en otras muchas cosas; las de los Pelagianos, que para hurtar el cuerpo á la espada de San Agustin, querian convertirlo en una sombra, trasformándose en Semi-Pelagianos; las de los Maniqueos, que desde un rincon del mundo volvieron á presentarse en el siglo duodécimo bajo el nombre de Albigenses; y por último para no dilatarme mas, las de los Protestantes, cuya historia escribió Bossuet cabalmente con el título de *variaciones*. Que estas formen el carácter peculiar de los errores, lo demuestra tambien ese continuo prurito de innovar sus códigos ó sus leyes fundamentales ú orgánicas los estados que las tienen fundadas en algun principio erróneo; y para no citar mas que un ejemplo, recuérdese cuántas veces la Francia revolucionaria del pasado siglo mostró ser un Proteo.

Ni se diga que esto es considerar al error como un sér abstracto y en sociedades colectivas, pues aquel no puede existir sino en el hombre, y estas se componen de hombres: ya se le considere en una sociedad ó en un individuo, la causa de sus variaciones es la mis-

ma, á saber, su inquietud, su perturbador desasosiego, su continuo mal-estar. Por consiguiente, siendo su compañera perpétua la infelicidad del turbulento desasosiego, esta ha de pesar y obrar de igual manera sobre la mente, que al error abriga. El remedio es que para desterrarlo tenga en ella la hermosa verdad su trono rico en vivificantes resplandores.

CAPÍTULO XV.

Se demuestra que los errores se oponen á la felicidad del pensamiento.

El error no solo por la inquietud que trae consigo hace infelices á los que domina, sino que pueden enumerarse otras varias causas de su oposicion á la felicidad de la mente. No puede ser feliz porque siente su flaqueza. Así como la divina Providencia ha ordenado que la culpa en medio de su embriaguez y ceguera produzca en el alma un gran vacío, que le da á conocer que le falta el supremo bien de la amistad de Dios, y esto con el fin misericordioso de que no se aletargue por

inadvertencia en sus satisfacciones engañadoras; asimismo ha dispuesto que el edificio, que el error levanta en el entendimiento, tenga sus grietas, cierto desnivel y aun estremecimientos, que le indiquen ó al menos le hagan sospechar que carece de sólidos cimientos, poniéndole en cuidado. ¡Ay cuántas veces vemos jactarse de firmeza, y por orgullo, amor propio ó vanagloria ostentar seguridad al que en su interior conoce que la opinion que defiende es vulnerable por mas de un lado! Y no hablo precisamente de errores en materias de religion, que son los mas perjudiciales bajo todos sentidos, sino de toda clase de errores, de los cuales parece que la Providencia bondadosa se empeña en ayudarnos á salir presentándonos interiormente algunos indicios, que nos hacen desconfiar de las erróneas ideas que sustentamos. Pero lo que es un medio de salvacion, es tambien un principio de sentimiento.

Otra de las causas que contribuyen á que el error lleve consigo algo de tormento es que suele estar acompañado de alguna pasion, que sea cual fuere, tiene su parte de suplicio. Así como la verdad conduce al bien y á la vir-